

Caballero de París

El vagabundo más famoso de La Habana

Por Argentina Jiménez

Este personaje, que bien pudiera representar un símbolo de la ciudad de La Habana, cuyas calles conocen de sus pisadas lentas e incansables y de sus fantasías; que convirtió en morada propia muchos de sus lugares, como Prado, 23 y 12, Infanta y San Lázaro... -"permutaba" con frecuencia-, nació el 30 de diciembre de 1899.

Quiso la sabiduría humana que tras un entierro humilde en el cementerio de Santiago de las Vegas, donde el musicólogo Helio Orovio le levantó un panteón por iniciativa propia, hoy, casi 15 años después de su fallecimiento, los restos del ilustre enajenado descansan en la Basílica del Convento de San Francisco de Asís, como su "alcurnia" lo merecía.

Quienes le conocimos sabemos de sus extravagancias, de cómo paseaba su abolengo con una dignidad propia de lo que su alucinada mente le hacía creer que era, con su capa, barbas y melena largas, sus bultos sucios y llenos de papeles y de quién sabe qué cosas, y de que era una persona educada.

Sabía conversar –me apena no haber retenido en la memoria nuestra conversación aquella tarde cuando me senté a su lado en un banco de un parque ubicado donde se encuentra ahora la heladería Coppelia-; jamás pidió nada, pues no era un limosnero, ni fue objeto de burlas como sí lo fueron y son algunos dementes de antes y actuales. Era respetado a pesar de su apariencia.

Juan Manuel López Lledín, su nombre de pila, es oriundo de la aldea de Fonsagrada, provincia de Lugo, España, y siendo muy joven emigró a La Habana y trabajó en los hoteles Telégrafo, Sevilla y Manhattan. Dicen que lo hizo con profesionalidad.

Acusado, injustamente, de haber cometido un robo en una casa donde laboraba de criado, cumplió prisión, y al salir de la cárcel empezó a divagar. Al triunfar la Revolución, su status no cambió, pero fue diferente. Por orientación de una mujer sensible, Celia Sánchez Manduley, él podía comer gratis en los centros gastronómicos de la ciudad.

Pasó el tiempo y llegó el momento en que ya viejo y con un marcado deterioro, fue necesario internarlo en el Hospital Psiquiátrico, donde recibió esmeradas atenciones, hasta el día de su muerte el 12 de julio de 1985.

El Caballero de París no está olvidado. Mientras una persona lo recuerde, seguir siendo no solo el vagabundo más famoso de la capital cubana, motivo de inspiración de un danzón de Antonio María Romeu, que lleva su

nombre, y de un libro del doctor Luis Calzadilla Fierro, quien lo atendió en el Psiquiátrico.

Cuentan que ya moribundo le dijo, en ese revivir previo al último suspiro que muchos seres tienen: "Ya no soy el Caballero de París. Estos no son tiempos de aristócratas". Pienso también que aquel día de nuestra conversación, una lucidez, tal vez intermitentemente transitoria, le permitió aquilatar el cambio experimentado en nuestra sociedad. ¿Cómo si no pudo haber escrito Patria y Fidel?

Somos unos cuantos los que lo recordamos y nos sentimos felices de ver en uno de los sitios que más frecuentaba la legendaria figura, en la Plaza de San Francisco de Asís, una escultura suya como si estuviera caminando, dedicada a la memoria del ilustre personaje de la ciudad, a la que él pertenecía, y que realza la belleza que poco a poco va recobrando el pedazo de Cuba que este hispano hizo suya con su andar e hidalguía incorruptible.

Una colaboración de: *Aida Elena Rodríguez*

Un personaje de la ciudad que contempla a los caminantes desde su sitio privilegiado, se ha inmortalizado por las manos y el cincel de un creador de las artes plásticas. Es el Caballero de París, quijotesca figura que durante décadas constituyó una estampa andante de la capital cubana.

José María López Lledín que así se llamó este pintoresco personaje, era natural de Lugo, España. Se dice que nació en diciembre de 1899. Los habaneros lo vieron siempre en las calles de la ciudad durante muchos años, con su vestimenta extravagante, la capa negra, la luenga cabellera y copiosa barba. Unas veces se decía Dios, otras rey o emperador y las más todo un noble parisino. Llamaba la atención, su cultura su educación y su agradable nodo de conversar con los transeúntes.

Por supuesto que no vino de París, sino que llegó procedente de La Coruña, emigrando en busca de prosperidad y fortuna. Aquí trabajó en los hoteles Inglaterra, Telégrafo, y también como sirviente de familias burguesas.

La estatua del Caballero de París es obra de José Villa Soberón, y está ubicada en la Plaza de San Francisco de Asís, en los predios de la Basílica Menor, en el centro histórico de La Habana. La escultura está al aire libre, como marchando por los sitios que el Caballero de París frecuentaba en La Habana Vieja.

Según su autor, fue concebida "con el sentido de perpetuar en La Habana una imagen que durante décadas fue leyenda obligada de la ciudad y sobre la cual han hecho referencia expresiones culturales como la música, el cine, las artes plásticas y la literatura".

La estatua del Caballero de París lo muestra caminando por las calles de la ciudad que tanto lo conoció y donde se hizo famoso, en la que varias generaciones de cubanos crecieron percibiéndolo en su deambular.

Este hombre, vagabundo que inspiraba cierta ternura cuando se le observaba detenidamente, dio vida a sus delirios hasta convertirlo en algo así como el alucinado más famoso de la historia cubana. Ya muy anciano dejó de deambular y casi siempre estaba en los portales de la calle 23 o en la esquina de Infanta y San Lázaro con su expresión tranquila, cálida y siempre bondadosa.

Según el propio Villa Soberón, trató de concebir su imagen un poco como él fue realmente y un poco como, a lo mejor, el propio Caballero de París se imaginó que era.

Esta obra se confunde con el público, forma parte de este, sin distanciamiento, está siempre al alcance de la gente que constantemente le toca, le abraza y termina llevándose a casa una fotografía junto al ya histórico personaje.

El Caballero de París

Por Luis Calzadilla Fierro. Viernes 29 Octubre del 2004

Perpetuada en bronce, su figura deambulará eternamente por las calles habaneras. También, muy cerca de la escultura, en una cripta en el interior de la Basílica Menor de San Francisco, descansan los restos mortales de este célebre personaje.



Confundido entre los transeúntes, José María López Lledín desanda ahora —y por siempre— las calles de la Habana Vieja. Gracias a la magia del escultor José Villa Soberón, su silueta de caballero medieval se perfila a la entrada del Convento de San Francisco de Asís, para que de boca en boca —como en las leyendas antiguas— sea develado el misterio de su identidad.

«¿Quién es?», preguntan algunos venidos allende las fronteras. Casi de inmediato, tal interrogante encuentra respuesta. Aquel que pasa, este que llega, el otro que sigue... casi al unísono todos coinciden en afirmar: «Es el Caballero de París».

También, muy cerca de la escultura, en una cripta en el interior de la Basílica Menor, hace algún tiempo descansan los restos mortales del célebre personaje, luego de que fueran trasladados por un grupo de amigos y admiradores desde el cementerio de Santiago de las Vegas. De esta manera, el ilustre hombre es presencia permanente en la urbe que, desde la década de los años 20 del pasado siglo y hasta 1977, lo viera deambulando por sus calles, «con su perfil severo de rabino, la hirsuta cabellera blanca en palmos sobre la espalda, ataviado de negro y de capa corta», al decir del Historiador de la Ciudad.

Por los testimonios de múltiples personas, parece que el Caballero de París nunca salió de los límites de la capital, a partir del comienzo de la enfermedad mental que padeció, provocada por hechos nunca esclarecidos. Según certificación de nacimiento emitida por el juzgado del distrito de Fonsagrada —en Lugo, Galicia, España—, López Lledín nació en 1899 en la aldea de Vilaseca, ubicada cerca de la frontera asturiana y del río Eo, y que entonces tenía escasamente un par de centenares de casas.

De entre 11 hermanos, sólo él aprendió a leer y a escribir en la infancia. Siete de ellos emigraron hacia América, y la única hembra, Inocencia, atestiguó que fueron cuatro —incluida ella— los que llegaron a la Isla. Aquí todos formaron familia, menos uno, José, de quien afirmaba:

«De pequeño era muy estudioso. Fue bastante tiempo a la escuela. Se quedó a la mitad del bachillerato; pero siempre le gustaron las buenas lecturas, la buena música y las comodidades, al extremo que le decían el rico de la familia... Él se enamoró de la hija de un médico de Fonsagrada. Ella se llamaba Merceditas y murió muy joven, estando José junto a su lecho. Se llevaban muy bien. Siempre le estaba escribiendo versos. El mismo día de su muerte juró que jamás se casaría y cumplió su promesa»

Tras llegar a Cuba en una fecha comprendida entre 1913 y 1914, José es alojado por su tío en un cuarto, detrás de una bodega que éste poseía. Un tiempo después, el joven decide abandonar la tutela familiar, vive solo y busca trabajo; primero, en una tienda de flores, luego en una librería y más tarde, en un bufete de abogado. Para llevar a cabo sus aspiraciones de mejorar de empleo, en sus momentos libres continúa estudios y refina sus modales. Así logra hacer labores de servicios en casinos y hoteles como el Telégrafo, Sevilla, Royal Palm, Saratoga, Manhattan, Salón A...

Julio Lledín Pérez aseguraba que su primo José «realizó algunos estudios en Cuba e incluso hablaba el idioma inglés. En los trabajos de restaurantes era muy bueno, sabía expresarse y trataba al público de una manera excelente».

Reunió algún dinero, parte del cual envía a sus padres en España, y apoya económicamente a su hermana Inocencia. No olvidaba al tío, a quien visitaba a menudo. En resumen, de 1914 a 1920, José fue un muchacho feliz, trabajador, honesto..

Como casi todos los hechos de la vida del Caballero de París, las circunstancias bajo las cuales enfermó también están rodeadas de contradicciones. Al parecer una de las versiones más acertadas es la que brindaba el primo mencionado:

«Fue detenido en un baile de Carnaval celebrado en el Centro Gallego de La Habana. Lo fueron a buscar primero a un cuarto donde vivía en la Manzana de Gómez. Iba con su novia, que trabajaba como secretaria de la familia Gómez Mena. Lo detuvieron y después lo encerraron en el Castillo del Príncipe. Todo giró alrededor de un problema con un billete de la lotería. El Caballero tenía una vidriera y vendió un billete que era falso o algo así.

»Yo oí la historia, de la familia. Alguien que lo visitó en el Príncipe, me contó que estaba triste y cabizbajo, hablando disparates. Cuando le dieron la libertad, no quería salir a la calle ni hablar con nadie. Decía que era un caminante y tenía delirio de ser un personaje. Comenzó a llevar una vida extravagante».

Sin embargo, otro testificante, Guillermo Villarronda, discrepa y asegura que José fue encarcelado tras el asesinato de un hombre en su presencia. Al ser acusado injustamente del crimen, se trastornó mentalmente. Ya estaba enfermo cuando entró al recinto penitenciario, precisa:

«En la cárcel pronunció discursos incoherentes, exaltados... en los cuales se presentaba ante los demás presos como Papa, Rey o Caballero, aunque aprendió a confeccionar preciosas plumas como el resto de sus compañeros. Ya al salir, siguió siendo jefe de grandes ejércitos, dueño de castillos fabulosos y señor de todos los tiempos. Nunca más trabajaría, comenzando su deambular por la ciudad de La Habana». Otro personaje popular conocido como Bigote Gato, cuyo nombre verdadero es Manuel Pérez Rodríguez, ofrecía una versión distinta. «Él era gastronómico como yo y laboró de dependiente en el hotel Habana. Resulta que el Caballero de París era muy bonito, bien parecido y la mujer del dueño del hotel se enamoró de él. No se sabe si existieron relaciones amorosas entre ellos, pero el dueño se puso celoso y para comprometerlo metió un billete de \$20.00 debajo de la almohada del Caballero y lo acusó de ladrón. Parece que le daba pena que supieran que su esposa estaba enamorada del dependiente y por eso lo prendieron. Con la influencia que en aquel tiempo tenían los dueños de negocios...Tenían una influencia bárbara y lo metieron en la cárcel. Cuando salió, se dedicó a hacer plumas y fajas tejidas con hilo; unas plumas de esas antiguas que no sé si usted recordará, ésas de punto. Tejía cabos a las plumas con las banderas cubana y española y las vendía. Él no aceptaba limosnas, se vestía bien, siempre con una capa, el pelo largo, hablaba muy bonito porque leía mucho. Él tuvo muchos contratiempos en su vida».



En su libro *Como me lo contaron te lo cuento*, el recién desaparecido escritor costumbrista Eduardo Robreño expone las razones por las cuales —según él— fue encarcelado el Caballero de París: «Cuenta la leyenda que a fines de los años 20 un joven soldado español entró a servir como valet de un matrimonio muy rico que habitaba una lujosa mansión en el Vedado. Debido a las labores que desempeñaba con elegancia y gusto refinado, llegó a ser persona de la más absoluta confianza de los cónyuges.

»Un día desaparecieron las joyas de la señora, valoradas en más de 50 mil pesos, que se quedaban en la habitación privada de los esposos y adonde el único de la servidumbre que tenía acceso era el joven *valet*. A pesar de las protestas que hizo de su inocencia, fue encausado y más tarde condenado a diez años de prisión. Cumplió solamente seis pues al cabo de ellos enfermó gravemente la ricachona vedadense y en *articulis mortis* confesó ante el notario y el cura que aquella “desaparición” de las joyas era la entrega que había hecho de las mismas a un chantajista con quien había tenido amores y la obligó a tan ruin acción. El joven fue puesto en libertad pero la prisión y los sinsabores recibidos, le nublaron el entendimiento».

Nadie ha sabido precisar el tiempo que permaneció en la cárcel. Ni documentos, ni personas han podido despejar esta incógnita. Lo cierto es que salió de allí flaco, cabizbajo, silencioso, desaliñado... Ningún familiar, amigo o compañero de trabajo logró reintegrarlo a su vida anterior. Los hermanos, para entonces bien establecidos en Cuba, le ofrecieron sus casas para que viviera con ellos. Todo fue inútil; comenzó una vida errante y vagabunda en la misma ciudad a la que arribara un día de su adolescencia, cargado de sueños y esperanzas. Con larga y rígida

cabellera, y un gran parecido con el poeta Espronceda, vestido siempre de negro y camisa blanca, se le veía deambular, ya en el año de 1928, por el Parque del Cristo. Cuando al saludarlo se le decía Caballero D'Artagnan, Caballero de París... respondía balbuceando y movía su cabeza con cierta galantería, como un saludo. Su cabeza erguida y su apuesta pose le hacían creer que era una figura de tiempos muy atrás, como loco egregio; pero contrastaba con su humildad y modestia en la forma de responder.

Múltiples serían los lugares en la ciudad que conocieron del andar pausado del Caballero de París: el Paseo del Prado, la Avenida del Puerto, junto a la Iglesia de Paula, el Parque Central, las calles Muralla e Infanta y San Lázaro... A partir de 1959, incursiona por la esquina de 12 y 23, así como por la playa de Marianao, en el centro de cuyas avenidas se exponía para que el viento le acariciara los cabellos y atuendos de vestir.

Solía tocar en algunas casas y, al salir alguien a la puerta, le entregaba tarjetas escritas con frases sin sentido, pero sin pedir nada por ello.

El 7 de diciembre de 1977, concluía para el Caballero más de medio siglo de deambular por la ciudad. Preocupados por su deplorable estado físico, las autoridades decidieron internarlo en el Hospital Psiquiátrico de La Habana. Fue Celia Sánchez Manduley, con su proverbial humanismo, la que explicó los motivos de su ingreso, enfatizando la importancia de rodearlo del ambiente más cómodo posible.

A su llegada, el noble anciano fue bañado y su larga cabellera —ahora desenredada— se convirtió en una larga trenza. El personal del centro fue advertido de que este paciente —un magnífico ser humano y una verdadera institución de la historia social y cultural del país— podía deambular libremente por donde deseara, así como usar su traje y hermosa capa de mosquetero cuantas veces quisiera. Todo indica que la enfermedad mental de López Lledín comienza alrededor del principio de la década del 20, cuando es encerrado en el Castillo del Príncipe. El síntoma más importante que mantuvo desde entonces, fue el delirio; o sea, una alteración del contenido del pensamiento en la que no se refleja adecuadamente la realidad, de cuyo carácter erróneo no se puede convencer al paciente y determina la conducta del mismo. En su caso, se trataba de un delirio de grandeza que, por su larga duración de más de medio siglo, se llama crónico, provocando un comportamiento extravagante. Catalogado como psicótico, padeció una parafrenia, que es un delirio imaginativo, con confabulaciones y un deterioro no significativo de la personalidad. «La paranoia es una historia bien contada; la esquizofrenia, un lenguaje simbólico y hermético, y la parafrenia un mito poético», dijo un famoso psiquiatra francés al expresar un concepto que es válido para el

Caballero de París. Pues, ¿qué fue este hombre —desaparecido físicamente el 11 de julio de 1985— sino alguien que recorrió La Habana cargado de poesía y la repartió de manera cotidiana ante quienes tuvieron el enorme privilegio de escuchar los arrebatos de su privilegiada imaginación?

El Caballero de París

El Caballero de París anduvo por las calles habaneras por más de medio siglo. Su locura inspiró a intelectuales y médicos a escribir sobre él.

María Laura Riba

Recordaba haber viajado por Francia "entre bombas, tiros y quejidos", una Francia que, en realidad, nunca vio. Siempre se sintió "rey", "mosquetero", "gladiador", y eso le alcanzaba para pasearse por las calles habaneras con aire señorial, a la espera de que sus "súbditos" lo saludaran con afecto.

Diagnosticado parafrénico -"delirio imaginativo, con confabulaciones y un deterioro no significativo de la personalidad"- el Caballero de París, megalómano y generoso, deambuló por las calles de La Habana hasta que tenía casi 90 años. Con aire solemne y aristocrático, ataviado con traje oscuro, capa negra y el cabello y la barba larguísima, José López Lledín (su verdadero nombre) entró a la historia y cultura cubanas como uno de sus más populares personajes.

De nivel intelectual alto, solía hablar de reyes y lugares lejanos, de imperios soñados, de luchas por la paz que supo imaginar y contarlas. Hasta dijo haberle dado órdenes al Papa para que destinara algún título honorífico a personas de su máxima confianza. "Yo soy rey del mundo porque el mundo siempre está a mis pies. No me mire los mocasines sucios. Mire la acera, mire la tierra, mire el pavimento, todo está debajo de mí. Arriba el cielo, del cual procedo y al cual iré para irle a pedir cuentas a los filisteos que han entrado por sorpresa (...). Esos fariseos ignoran la gloria inmensa, la emoción profunda que uno experimenta cuando dice: Yo soy el Caballero de París." Estas confesiones y muchas más, aparecen registradas en el libro *Yo soy el Caballero de París*, escrito por el doctor Luis Calzadilla Fierro, psiquiatra de Lledín, a quien le dedicó la obra con las siguientes palabras: "A la memoria del loco más cuerdo que haya conocido jamás (...) de su psiquiatra y fiel mosquetero."

"Yo no salí de ningún cerebro. Yo salí por donde salen todos los hombres y también todas las mujeres. Yo nací allá en España, el 29 de diciembre de 1886, el mismo día que Alfonso XIII, en una casa con sala, comedor, dos cuartos, un salón de gala. Al frente había una parra, con muchas uvas, que daba a la calle. El rey llevaba un caballo, mejor que el de Atila, cuando iba a cazar y pasear conmigo. Caballo negro con estrella blanca en la frente. Soy de Lugo, ciudad amurallada, donde los moros nunca pudieron entrar, pegada a Asturias y a León." Es cierto el dato sobre su lugar de nacimiento, al cual hizo referencia después de muchos años. Constantemente él mismo cambiaba su origen, nombre y

edad. Inicialmente se pensó que era francés.

Recordaba haber viajado por Francia "entre bombas, tiros y quejidos", una Francia que, en realidad, nunca vio. Él siempre se sintió "rey", "mosquetero", "gladiador", y eso le alcanzaba para pasearse por las calles habaneras con aire señorial, a la espera de que sus "súbditos" lo saludaran con afecto.

Por eso fue feliz cuando salió en un programa de la televisión cubana, y se le iluminó la cara cuando el popular bolerista Barbarito Diez le cantó: "¡Mira quién viene por ahí, / el Caballero de París! / Con una flor tan linda para tí / y un saludo para mí", un danzón que se hizo muy popular y que él valoraba porque, seguramente, sentía que se hacía justicia a su noble estirpe.

Caballero al fin, dueño de imperios inimaginables, poseía un orgullo que le impedía recibir limosnas, y durante mucho tiempo se ganó la vida realizando pequeñas artesanías que vendía en plazas y calles, aunque siempre contó con la solidaridad de la gente. Así quedó en la memoria registrado el siguiente episodio: El Caballero de París, junto a otros "personajes" de la ciudad, fue invitado a un programa televisivo. Al finalizar, el conductor señaló que se le entregaría a cada participante una determinada suma de dinero. El Caballero de París rehusó el ofrecimiento y respondió que "los necesitados" lo precisaban más que él. Jamás tocó un centavo. Era libre de cualquier atadura material que pudiera atraparlo.

"He estado preso muchas veces en el Castillo del Príncipe por delitos que son culpa de otros. Delitos que yo nunca cometí. La fortaleza más grande del mundo era aquella. Era del antiguo Imperio español. Antes me cogía la policía, me llevaba al Castillo del Príncipe y me pelaban al rape a la fuerza. Allí no comía nada." En verdad el Caballero estuvo preso en el Castillo del Príncipe, antigua cárcel cubana, y fueron varias las historias que se tejieron alrededor de las detenciones.

Algunos dicen que lo culparon de un robo de dinero que nunca cometió, otros, de haber robado las joyas de la dueña de la casa para quien trabajaba, cuando en verdad ella misma las había utilizado para pagar la extorsión de un amante despechado. Otros dicen que estuvo detenido por haber cometido un asesinato. Todos sostienen que a partir de esos sucesos, perdió el juicio.

"Usted quiere saber cuál ha sido el cuarto de hora más grave de mi vida. Su pregunta es impertinente; pero si usted no fuese impertinente, no sería periodista agudo. Debería usted saber que las llagas de mi espíritu no se enseñan al recién llegado." Parece que el Caballero de París tuvo una historia familiar trágica, una historia que no se ha podido escudriñar plenamente, y que, al mismo tiempo, ha alimentado mitos y leyendas. Se sabe que tuvo hermanos que por la década de 1920 arribaron a Cuba con él, que uno de ellos se suicidó, que sus padres quedaron para siempre en España y que no tuvo hijos.

Dicen que alguna vez tuvo una novia, que amó hasta la locura. Al doctor Calzadilla Fierro, le gusta decir que su paciente fue el amante más fiel que tuvo La Habana. Su verdadera Dulcinea fue esta ciudad.

"El 7 de diciembre de 1977 concluía para el Caballero de París más de medio siglo de deambular por la ciudad al convertirse en el más famoso huésped del Hospital Psiquiátrico de La Habana. La razón fundamental de su ingreso no fue el padecimiento mental. A nadie dañaba, a nadie molestaba, no intentó terminar con su vida, pero cada vez se temía más por ésta debido a su deplorable estado físico. Fue una mujer quien llamó al Dr. Ordaz, Director del Hospital Psiquiátrico de La Habana, para informarle de la decisión tomada: Celia Sánchez Manduley le explicó los motivos, enfatizó la importancia de rodearlo del ambiente más cómodo posible y aconsejó que se le confeccionara un traje similar a los que usara este peregrino de la locura".

"El doctor Ordaz (...) creó un equipo de trabajo que emprendería la labor de bañar y desenredar la larga cabellera del personaje, entonces poblada de insectos. Fue una dura faena: se respetó la barba, y la cabellera se convirtió en una larga trenza," continúa diciendo Calzadilla. Con cuidados amorosos, el Caballero de París pasó los últimos años de su vida en aquel hospital, su "paraíso terrenal," cuenta el psiquiatra en su libro.

Finalmente, en julio de 1985, este príncipe de la locura falleció, no sin antes despedirse de su "fiel mosquetero", el doctor Calzadilla Fierro, quien recuerda sus últimas horas de esta manera:

"Lo encuentro tranquilo, sereno, como alguien que al fin ha logrado la paz consigo mismo.

- Buenas tardes, Caballero.

- Buenas tardes, Calzadilla. Te esperaba y por favor no me llames más Caballero -contesta al saludo, en voz muy baja, casi inaudible (...).

- ¿Por qué no quiere que le llame Caballero? -pregunto curioso. Aparentemente estoy curado de espanto y de regreso de todos los caminos. Pero no es así, no estoy preparado para escuchar la respuesta de este anciano, que dice con voz vacilante, en el umbral de la muerte:

- Ya no soy el Caballero de París. Estos no son tiempos de aristócratas ni de caballeros andantes.

- ¿Ya yo no soy tampoco, su fiel mosquetero? -pregunto.

- No, Calzadilla, desde hace años sólo eres mi fiel psiquiatra."

Calzadilla también asegura que el Caballero de París, horas antes de morir, le dijo: "Ahora escucha que quiero contarte cosas que aún no sabes; todo lo que recuerdo hasta ahora." El psiquiatra recibió de

aquellas manos su gran tesoro, sus humildes pertenencias: desde una cucharita de postre hasta varias estampitas de santos. Antes de marcharse, José López Lledín le pidió a su psiquiatra que le leyera la oración de la Virgen de Lourdes. Así, entre un "Sálvanos, Jesús, que perecemos" y un "Señor, haz que yo ande", Lledín fue quedándose en silencio a la espera de su final en el paraíso que se había inventado.

Inspiró varias estatuas que se encuentran en la ciudad, letras de canciones, obras musicales, documentales e investigaciones. Fue motivo de cuidado por parte de las más altas autoridades del país. Por algo lo fue. Seguramente por esa libertad que tenía en cuenta la no intromisión en la vida ajena, esa megalomanía culta que lo hacía querible, probablemente por su inocente generosidad, sus ocurrencias.

"La melena no quiero que me la corten porque es un recuerdo, para que la pongan en un museo cuando me muera y todos la sigan viendo (..). Decían que yo era igual que D'Artagnan, aquel mosquetero célebre que inventó Alejandro Dumas. Pero eso era mentira. Y en cambio, yo era una verdad que andaba, gritaba y hasta comía (...). Yo soy un Dios con capa, espada y pantalón de muselina, pero soy un Dios. Cuando rezo, me rezo a mí mismo para pedirme perdón de algo que yo no he cometido".

*La autora es periodista argentina y colaboradora de Cubanow.